

LECCIÓN TRES

ANTE EL NACIENTE IMPERIALISMO CONTRA LA NUEVA METRÓPOLI

CONTRA LA NUEVA METRÓPOLI

Vamos a entrar en la contemporaneidad. Y lo haré citando un párrafo del libro *Imperialismo y liberación en América Latina. Una introducción a la historia contemporánea*, del gran estudioso mexicano de las ciencias sociales Pablo González Casanova:

La historia contemporánea de América Latina abarca aproximadamente de 1880 a nuestros días. Corresponde a un proceso de ascenso y crisis del imperialismo y del sistema capitalista mundial. En las antiguas potencias coloniales y en Estados Unidos se desarrolla un nuevo tipo de empresa conocido como el capital monopólico, que ejerce gran influencia en los aspectos del Estado y combina las antiguas formas de expansión colonial con otras nuevas. Las conquistas de los pueblos más débiles y menos desarrollados se realizan con modernas técnicas militares; la imposición de gobernadores, nombrados directamente por las metrópolis, se complementa con la sujeción de los pueblos a través de sus propias clases gobernantes [...] A esa historia se enfrenta otra hecha de luchas de resistencia y liberación, en que las masas pugnan por no ser sometidas ni explotadas, o por romper los lazos que las atan [...] El actor principal de la integración de América Latina al imperialismo fue Estados Unidos, en particular sus hombres de negocios, sus gobernantes, sus aventu-

meros y piratas. El actor principal de la liberación fueron las masas de América Latina (González Casanova, 1978).

Al inicio de esta contemporaneidad, por razones históricas, le tocó nuevamente a las Antillas (pero esta vez de lengua española) desempeñar un papel importante. Ya habíamos visto entre finales del siglo XVIII y principios del XIX a las Antillas francesas, concretamente a Haití, desempeñar un papel capital, porque allí se produjo la única revolución de esclavos victoriosa en el mundo, que se constituyó como nación, e hizo de esa revolución la primera y más radical que había ocurrido en nuestra América. Esta vez va a corresponderles una tarea trascendente a las Antillas hispánicas, por razones que han explicado autores como el panameño Ricaurte Soler y el francés Paul Estrade. Se obligó a tales Antillas a buscar adelantarse porque habían estado atrasadas. No pudieron sumarse a la revolución de 1810 porque sus oligarquías nativas se negaron a una aventura que presumiblemente les hubiera hecho conocer el destino de sus pariguales haitianos. Como lo dijo con brutal claridad uno de los más lúcidos de aquellos oligarcas criollos, el cubano Domingo del Monte, pagaban el delito de tener esclavos siéndolo ellos mismos. Sus grandes precursores, como el pensador Félix Varela y el poeta José María Heredia, que plantearon la independencia, no fueron secundados por su clase de origen. Y las Antillas hispánicas quedaron siendo colonias de España. Cuando finalmente, en el caso de Cuba, se inicia en 1868 su guerra de independencia, no lo hace en el Occidente del país, cuyos oligarcas dependían más directamente de la esclavitud y estaban más vinculados al poder metropolitano, sino en la región oriental, donde no había una esclavitud tan grande ni una dependencia similar de la metrópoli. Incluso esa primera etapa de la guerra de independencia, que se extendió hasta 1878, fue ya distinta de la continental hispanoamericana de 1810. Al romper dicha guerra, su figura principal, Carlos Manuel de Céspedes, proclama en un mismo día, el 10 de octubre, la independencia y la extinción de la esclavitud. No le ocurre como a Bolívar, quien le promete al haitiano Pétion que va a extinguir la esclavitud, pero su clase de origen no se lo permite. La guerra de Cuba, por ser cronológicamente más atrasada que la de 1810, es socialmente más avanzada. Por otra parte, muchas de las grandes figuras que la comienzan mueren combatiendo. Y, de manera significativa, esa guerra no termina en el Pacto del Zanjón, que fue una rendición, sino con la llamada Protesta de Baraguá. En esta, un general que había sido soldado al empezar la guerra protesta ante esa rendición. Ese general no era un patricio, ni siquiera era blanco: era mulato, de extracción popular, y se llamaba Antonio Maceo. Pero además, cuando la guerra se reanuda en 1895, ya no sólo tendrá entre sus cuadros dirigentes a negros, mulatos y, en general, personas de extracción media y popular, sino que ade-

más será una guerra contra el naciente imperialismo norteamericano. El principal orientador de esa guerra, José Martí, lo dijo con suma claridad en su carta testamentaria al mexicano Manuel Mercado, escrita el 18 de mayo de 1895, horas antes de morir peleando:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso impedir [...] que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia (Martí, 1895).

Es decir, la guerra no era sólo socialmente más avanzada que las que habían ocurrido en América, con excepción de la haitiana, sino que políticamente era la primera guerra antiimperialista del planeta. Martí pensaba que la guerra contra España era un mero capítulo, que lo fundamental (“cuanto hice hasta hoy”) era oponerse al naciente imperialismo estadounidense. Por cierto, nombra allí por su nombre a los “imperialistas”. Utiliza, pues, el término veintidós años antes de que Lenin escribiera *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Esa carta está precedida, durante más de un decenio, de análisis hechos en la prensa por Martí de la sociedad estadounidense, análisis en los que vio nacer, y combatió, lo que iba a ser el imperialismo moderno. Porque, y he aquí una de las ironías de la historia, Martí es tan contemporáneo, entre otras cosas, debido a que los quince últimos años de su vida, los de su plena madurez, no los pasó en La Habana ni en México ni en Guatemala ni en Caracas ni en Buenos Aires. Los pasó en Nueva York. Para glosar la frase de Walter Benjamin según la cual París fue la capital del siglo XIX, Nueva York se estaba convirtiendo en la capital del siglo XX. Y allí se encontraba Martí, vinculado a la vez a lo más revolucionario del pensamiento de nuestra América y a radicales estadounidenses. Por añadidura, durante sus años norteamericanos tuvo lugar la primera conferencia panamericana, realizada en Washington entre 1889 y 1890: conferencia que mostró, sin ambages, los propósitos imperialistas de Estados Unidos, que Martí denunció en la prensa, sobre todo en *La Nación*, y donde la delegación argentina desempeñó un papel gallardo que mucho lo entusiasmó.

Al cabo, los temores de Martí se hicieron realidad, y en 1898, tres años después de su muerte en el campo de batalla, Estados Unidos, con una excusa falaz, interviene en la guerra que los cubanos le tenían ganada a España, derrota a esta y le arrebató la independencia a Cuba. Lo que ello implicó fue expuesto con claridad algún tiempo después,

antes de que ocurriera la Revolución Cubana de 1959, por el historiador norteamericano Harold Underwood Faulkner en su *Historia económica de los Estados Unidos*. En este texto, Faulkner sostiene que fue en Cuba donde Estados Unidos aprendió la significativa lección de que es completamente innecesario anexar territorios a fin de disfrutar la recompensa financiera del imperialismo. A mediados de la década de 1920, poco había de valor en Cuba que no hubiera sido tomado por los intereses financieros de los estadounidenses. De todo esto resultaba evidente que la riqueza cubana había caído bajo el control norteamericano, y que la vida política cubana desde 1898 hasta 1934 –y hasta cierto punto en adelante– había sido ampliamente dirigida desde Washington. Cuba, dijo el historiador norteamericano, “no es más independiente que Long Island” (Underwood Faulkner, 1972). Cuba, hasta 1958, fue tierra ocupada militarmente al principio, y luego protectorado y neocolonia de Estados Unidos.

ANUNCIOS Y ECOS DE 1898

Aunque correspondió a Martí ser el primer antiimperialista cabal de nuestra América, y quizá del mundo, había tenido precursores que vieron el peligro que significaba para nosotros la emergente potencia del Norte. Esta no era todavía imperialista cuando ya Bolívar se preocupó por su carácter expansivo. No quiso invitarla al Congreso de Panamá del año 1826, pues él pensaba en unir a la América meridional. Llegó a decir en carta de 1829: “Estados Unidos parece destinado por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”. Cada vez que un político norteamericano habla de libertad o de democracia, hay un estremecimiento al sur del Río Bravo. Por ejemplo, la ley Helms-Burton se llama “Ley para la democracia y la solidaridad de Cuba”. Por supuesto, la guerra de rapiña que arrebató a México más de la mitad de su territorio fue harto elocuente. Incluso un político de derecha como el mexicano Lucas Alamán era hostil al expansionismo del país del Norte. Pero quizá cuando esa hostilidad se hizo más manifiesta antes de Martí fue con el chileno Francisco Bilbao, quien en su “Iniciativa de la América” escribió que Estados Unidos extiende sus garras “cada día en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Texas, después el Norte de México y el Pacífico saludan a un nuevo amo”. Y más adelante: “Ha llegado el momento histórico de la unidad de la América del Sur; se abre la segunda campaña, que a la independencia conquistada agregue la asociación de nuestros pueblos” (Bilbao, 1993).

Estas palabras de 1856 resuenan en las que escribiera Martí al comentar el primer congreso panamericano en 1889:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo (Martí, 1889).

Aquí está tempranamente denunciado lo que iba a ser en nuestros días el proyecto del ALCA.

Entre otros antecesores de Martí, se encuentran grandes puertorriqueños, como Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos. En 1868 la guerra de independencia de Puerto Rico se anticipó por breve tiempo a la de Cuba, pero fue rápidamente sofocada. Y muchos de sus mejores hijos se pusieron al servicio de la causa de Cuba, isla hermana. Tal fue el caso de Betances y Hostos, mayores en edad que Martí, sobre quien sin duda influyeron. Por ejemplo, en la década de 1860, refiriéndose a Estados Unidos, Betances lo llamó “el Minotauro americano”. ¿No reaparece esta imagen cuando, en su última carta a Mercado, Martí (1875) le confiesa: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas”? Por su parte, en la década de 1870, Hostos habla de las Antillas como “la balanza de América”. Y Martí, en 1894, escribirá: “En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior”. Es tan fuerte la presencia de Hostos en Martí, que Henríquez Ureña escribió que un ensayo literario de Hostos, “comparado con una página de Martí en su madurez adolescente, es como un cuadro de Tintoretto que anuncia al Greco”. Y si esto cabe decirlo del estilo, puede decirse también de no pocas ideas. No es extraño que el Partido Revolucionario Cubano, que Martí fundó en 1892 para preparar la nueva etapa de la guerra independentista cubana, tuviera una Sección Puerto Rico, y se propusiera también auxiliar a la independencia de esa otra isla. Pero Estados Unidos, con su intervención en 1898, la convirtió, hasta hoy, en colonia de tipo tradicional.

Si figuras como las anteriormente nombradas anuncian la crítica a la intervención estadounidense en Cuba que ocurrió en 1898, lo acontecido en esa fecha repercutió en otros pensadores y escritores, integrantes de lo que bien podría llamarse la generación hispanoamericana de 1898. Pues esta existió, como también hubo una generación española de 1898. Después de todo, lo que entonces ocurrió no tuvo lugar en España sino en el Caribe y las Filipinas. A partir de la fecha, con la intervención estadounidense que privó a los cubanos de su independencia después de treinta años de lucha, se produjo una gran reacción de

intelectuales hispanoamericanos, entre los cuales Rubén Darío y José Enrique Rodó desempeñaron un papel muy grande. Darío ya era para entonces un poeta notable, a quien Martí había llamado hijo en 1893, la única vez que se vieron, en Nueva York; mientras el nicaragüense llamaba al cubano Maestro. Y a partir de 1898, Darío adquiere una conciencia histórica de que había carecido hasta entonces, cuando escribe su texto “El triunfo de Caliban”. La alusión al personaje de Shakespeare ya la había hecho en su trabajo sobre Poe, que recogería más tarde en su libro *Los raros* de 1896. Darío, a su vez, atribuye el uso del personaje, en quien ve encarnada la tosquedad de Estados Unidos, a un ocultista francés, Joséphin Péladan, quien influyó en algunos modernistas. Por la época, también el franco-argentino Paul Groussac se valió de imagen semejante. Si a Estados Unidos le correspondía ser Caliban, implícitamente nosotros seríamos Ariel. Y esto dio lugar al famoso ensayo del uruguayo José Enrique Rodó así titulado, *Ariel*, que vio la luz en 1900. Darío, por su parte, insistiría en su impugnación del costado negativo de Estados Unidos en algunos poemas de su espléndido libro *Cantos de vida y esperanza* de 1905. Por ejemplo, en “Los cisnes”, se pregunta: “¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?/ ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?/ ¿Ya no hay bravos varones ni nobles caballeros?/ ¿Callaremos ahora para llorar después?”. Preguntas que serían respondidas negativamente por Sandino, Fidel, el Che Guevara... Y sobre todo Darío escribe el primer gran poema político de nuestra poesía moderna: “A Roosevelt”.

A partir de estas figuras que se oponen al expansionismo se pasa ya abiertamente al antiimperialismo que había comenzado a combatir Martí, y una de las personalidades que encarnan ese antiimperialismo es el argentino Manuel Ugarte, que merece ser más difundido. Otro caso es el del costarricense Vicente Sáenz. En su país se publicó durante cuatro décadas, bajo la dirección de Joaquín García Monge, la revista *Repertorio Americano*, que se convirtió en una espléndida tribuna antiimperialista. En ella colaboraron extranjeros como el norteamericano Waldo Frank y el francés Henri Barbusse. Pero sobre todo numerosísimos escritores de nuestra América, entre los cuales voy a destacar a una eminente seguidora de Martí, la chilena Gabriela Mistral, por la apasionada defensa que allí hizo de Sandino. Ya no se trataba de defender al antiimperialismo en el papel, sino a un combatiente como Sandino. Gabriela Mistral postulaba que los hispanoamericanistas de gabinete que tanto defienden a Hispanoamérica deberían ir a pelear al pequeño ejército loco de Augusto César Sandino. (Así, *El pequeño ejército loco*, llamó el argentino Gregorio Selser a un libro sobre Sandino). Y hay que decir que no pocos lo hicieron, como, de El Salvador, Farabundo Martí; de México, el estridentista Germán List Arzubide; de Venezuela, Carlos Aponte, que después moriría en Cuba junto con Antonio Guiteras. Fue

aquel un verdadero ejército internacional antiimperialista, que en cierta forma preludió lo que iba a ser la Guerra Civil Española en relación con el fascismo. En torno a la causa de Sandino, que era la del antiimperialismo militante, se reunieron personalidades muy diversas. Por ejemplo, los cubanos Julio Antonio Mella (quien entonces vivía en México, donde sería asesinado) y Antonio Guiteras. Con personalidades así, el antiimperialismo desembocó en no pocos casos en posiciones socialistas que han llegado hasta nuestros días. Se había anunciado nuestra entrada en la contemporaneidad.